
Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652): un testimonio de Evangelización

*Hermann Rodríguez O., S.J.**

*“Así, todo escriba que se ha hecho
discípulo del Reino de los Cielos es
semejante al dueño de una casa que saca
de sus arcas lo nuevo y lo viejo”*

Mateo 13, 52

INTRODUCCION

El 11 de abril de 1652, a los 66 años de edad, muere en el colegio de la Compañía de Jesús en Lima, el jesuita peruano Antonio Ruiz de Montoya. Pocas semanas después, cuando en la Reducción de Loreto (en la actual Argentina) recibieron la noticia, salieron en comisión cuarenta indígenas que recorrieron más de 5.500 kilómetros, atravesando los Andes, para pedir su cuerpo.

Hoy, en algún lugar de la selva de la actual Argentina, en la sacristía de la Iglesia en ruinas, e invadido por la naturaleza, están los restos del P. Ruiz de Montoya.

Este signo claro del amor de los indígenas al Padre Ruiz de Montoya tiene tras de sí una historia llena de sacrificios y entrega que queremos recordar. Vamos a intentar reconstruir algunos rasgos fundamentales de este misionero, que sin haber sufrido un martirio repentino, supo de la muerte lenta en el diario caminar.

En las conclusiones trataremos de descubrir algunas pistas para nuestra misión de realizar hoy una Nueva Evangelización.

* Diplomado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

1. LAS REDUCCIONES DEL PARAGUAY

1.1. Nacimiento

Las Reducciones del Paraguay se inscriben dentro del extenso trabajo que realizaron los padres de la Compañía de Jesús a lo largo del continente americano. El modelo del trabajo se reprodujo en distintos lugares como lo muestra el cuadro No. 1 (pág. 259)¹

Los jesuitas llegaron a la región del actual Paraguay en el año de 1586, invitados por los obispos de Tucumán, Francisco de Vitoria y de Asunción, Alfonso Guerra, ambos dominicos; ya había jesuitas en Brasil y en el Perú².

La comunidad española ya estaba asentada a lo largo de la costa Atlántica y en el curso de los ríos Paraguay y Paraná. Quedaba todavía, prácticamente inexplorada, la región del río Alto Paraná y del alto curso del río Uruguay, habitada por tribus seminómadas de origen guaraní, culturalmente bastante primitivas y discretamente belicosas³.

El trabajo de los jesuitas consistió en realizar misiones itinerantes entre los indígenas, al tiempo que fundaron el colegio de Asunción. El aprendizaje de la lengua guaraní, de modo que se pudieran comunicar con los indios sin necesidad

¹ Oreste Popescu, *El Sistema Económico de las Misiones Jesuíticas*. Un vasto experimento de desarrollo indoamericano, Ariel, Barcelona, 1967, p. 23.

² Clovis Lugon, *La République Communiste Chrétienne des Guaranis, 1610-1768*, Les éditions ouvrières économie et humanisme, París, 1949, p. 25. (Cuando se trate de citas textuales, la traducción es mía). Cfr. Antonio Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual Hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, Corazón de Jesús, Bilbao, 1892, p. 23 (Nota).

N.B.: En adelante esta obra del Padre Ruiz de Montoya será citada solamente como *Conquista Espiritual*, a lo cual añadiré la página correspondiente. Hay que tener presente que mantengo tanto la ortografía como la puntuación que aparece en el original. Existe una edición más reciente, hecha por el Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, en Rosario, Argentina, en 1989, con un estudio preliminar y notas del Dr. Ernesto J.A. Maeder.

³ Alberto Armani, *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol, El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 59.

de intérprete, fue, sin duda, uno de los motivos principales del éxito inicial⁴. Este tipo de trabajo, más misionero que parroquial, correspondía a las instrucciones que los jesuitas recibían de Roma⁵.

Las relaciones con los colonizadores fueron tensas desde el principio. Los jesuitas combatieron las encomiendas y exigieron el respeto de las leyes protectoras de los indios⁶.

En 1604, después de una larga disputa entre los jesuitas del Perú y los del Brasil, el superior general de los jesuitas, Claudio Acquaviva, constituyó la nueva provincia jesuítica del Paraguay, en la que estaban comprendidos territorios del actual Paraguay, Uruguay, Argentina, Chile y parte de Bolivia y Brasil (Ver cuadro No. 2, pág. 260)⁷.

1.2. Desarrollo

1.2.1. Organización

Entre los años 1609 y 1768, se fue desarrollando una red que llegó a tener 70 poblaciones con casi 300.000 indígenas guaraníes organizados.

La primera reducción fue fundada el 29 de diciembre de 1609 a unos 250 kilómetros al sur de Asunción; su nombre fue San Ignacio Guazú (Mayor)⁸ y a partir de allí se continuó en un proceso creciente de expansión.

Los indígenas eran presa fácil para los conquistadores que abusaban de su trabajo. Antonio Ruiz de Montoya describe en una de sus obras más conocidas, las condiciones a las que estaban sometidos los indios:

(...) testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios, que lastima la vista el verlos, y quiebra el corazón saber que los más murieron gentiles, descarriados por aquellos montes en busca de sabandijas,

⁴ *Ibid.*, p. 62.

⁵ *Ibid.*, p. 66.

⁶ *Ibid.*, p. 63.

⁷ *Ibid.*, p. 216b.

⁸ *Ibid.*, p. 69.

sapos y culebras, y como aun de esto no hallan, beben mucha de aquella yerba de que se hinchan los pies, piernas y vientre, mostrando el rostro solos los huesos, y la palidez la figura de la muerte.

Hechos ya en cada alojamiento, aduar de ellos, 100 y 200 quintales, con ocho ó nueve indios los acarrean, llevando acuestas cada uno cinco y seis arrobas 10, 15 y 20 y más leguas, pesando el indio mucho menos que su carga (sin darle cosa alguna para su sustento), y no han faltado curiosos que hiciesen la experiencia, poniendo en una balanza al indio y su carga en la otra, sin que la del indio, con muchas libras puestas en su ayuda, pudiese vencer la balanza de su pesada carga. ¡Cuántos se han quedado muertos recostados sobre sus cargas, y sentir más el español no tener quien se la lleve, que la muerte del pobre indio!⁹

Frente a esta situación, los misioneros se ven en la necesidad de organizar a los indios para que se puedan defender de la esclavitud que les traen del Viejo Mundo. Para el Padre Ruiz de Montoya y sus compañeros el trato que se le da a los indios, desvirtúa lo que ellos predicán; en los españoles y portugueses ven lo contrario a la predicación del Evangelio.

Lo que pretenden los padres con las reducciones se puede ver en la siguiente cita:

Que mi intento sea que los indios no sirvan personalmente, confíésolo, porque en esto miro al bien común de indios y españoles; las razones dícelas su Majestad en su real cédula que pondré al fin; ni pretendo que estén ociosos, porque fuera pretensión culpable; mi deseo es que paguan su Majestad el tributo que su pobreza pudiere, que harto harán en afanar sustentarse así y a sus familias; y si su Majestad fuere servido con estos tributos premiar servicios de españoles, será muy justamente hecho, y no habrá quien repugne esto, antes se lo pedimos y suplicamos, que es bien se remunerere con estos tributos; pero poner los indios en sus manos, servirles ha el servicio personal de cuchillo, con que degüellen las ovejas de Jesucristo como a las del matadero¹⁰.

Sin embargo, la labor no fue fácil, ni del lado de los españoles y mestizos, ni del lado de los indios. 26 jesuitas dieron su vida violentamente en el Paraguay, entre ellos

⁹ *Conquista Espiritual*, pp. 35-36.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 202-203.

San Roque González de Santacruz, paraguayo, San Alfonso Rodríguez y San Juan del Castillo, españoles¹¹, canonizados en mayo de 1988 por el papa Juan Pablo II.

Las costumbres y el estilo de vida de estos grupo indígenas seminómadas estaban muy arraigadas. El mismo Antonio Ruiz de Montoya, comentando las dificultades de la predicación, anota que esperaron dos años para hablarles del sexto mandamiento¹².

El trabajo fue lento, pero llegó a niveles de organización que envidiaban los españoles en sus ciudades. Los misioneros comenzaban convenciendo a los caciques de los beneficios que les podía traer una vida más sedentaria y éstos, a su vez, congregaban a sus súbditos alrededor de una reducción.

En cada una de las ciudades vivían dos jesuitas; un sacerdote que se encargaba de toda la parte espiritual y de formación, y un hermano que se encargaba de todos los negocios temporales. Trabajaron allí jesuitas de muchas nacionalidades (españoles, portugueses, ingleses, irlandeses, alemanes, italianos, belgas, checos y, desde luego, latinoamericanos, entre ellos 79 nacidos en el Paraguay) y con distintas profesiones (agrónomos, arquitectos, músicos, ingenieros, médicos, abogados e incluso ex-militares). En total, durante el siglo y medio de existencia de este sueño, 1565 jesuitas trabajaron allí¹³.

Cuando una ciudad pasaba de 5000 habitantes, se organizaba otra cerca de allí. Estaba prohibida la entrada de colonizadores europeos; sólo se permitía la entrada de algunos invitados especiales; esto por el mal ejemplo que daban los europeos a los indígenas en el uso del alcohol y otras costumbres. Este misterio que se creó alrededor de las reducciones y las sospechas de que algo se escondía allí fue, más tarde, una de las causas más importantes de la expulsión de los jesuitas del reino español.

Toda la ciudad se formaba alrededor de la plaza central en la que se hallaba una imponente iglesia; la iglesia era el lugar de encuentro de la comunidad (ver cuadro No. 3, pág. 261)¹⁴.

¹¹ Clemente McNaspy, S.J., *Pueblos de Guaraníes en las Selvas Río-platenses, Una visita a las Ruinas Jesuíticas*, Loyola, Asunción, 1981, p. 17.

¹² *Conquista Espiritual*, pp. 55-56.

¹³ McNaspy, l.c.

¹⁴ Franz Braumann, *3.000 Guaraníes y un Tirolesés, Misioneros que hicieron historia*, Misiones de San Ignacio, Argentina (sin fecha), p. 83.

1.2.2. Economía

Se dedicaban a la labranza tanto en sus terrenos familiares, como en los terrenos comunitarios; todo hombre en capacidad de trabajar tenía que dedicar dos días de su labor a la *Estancia de Dios* de la que se alimentaban las viudas, los huérfanos, los enfermos y los ancianos.

Al interior de las reducciones y en el comercio entre ellas, no se utilizaba el dinero sino el trueque, según sus necesidades. El dinero sólo se adquiría de la yerba mate y otros productos que se vendían a los blancos y se utilizaba para pagar los impuestos de la Corona y para satisfacer necesidades comunes.

El desarrollo económico fue admirable; hubo un gran comercio, la agricultura se tecnificó notablemente y se pudo desarrollar una industria y un artesanado muy superior al que existía en las ciudades de los españoles¹⁵.

Había una gran red de caminos y ríos navegables para comunicar todas las reducciones entre sí. Estos caminos eran patrullados por los mismos indígenas para evitar los ataques de los cazadores de esclavos.

1.2.3. Política

Al lado del desarrollo económico hay que destacar la organización política y militar que se dio en estas poblaciones indígenas.

El sistema era de autogobierno; los jefes de las familias elegían a su cacique por un proceso bastante democrático; 20 caciques con sus grupos de familias conformaban una ciudad; estos 20 caciques integraban el cabildo (órgano legislativo) con la orientación de los padres.

Los castigos eran impuestos por ellos mismos; la primera sociedad que eliminó la pena de muerte de su legislatura es ésta; el castigo más fuerte era la expulsión del individuo de la comunidad.

Había una serie de cargos de tipo ejecutivo que eran cambiados cada año; los elegidos eran los que se destacaban en el campo de la producción.

Las estructuras políticas no iban más allá de la misma Reducción; aunque se habla de un *Estado Guaraní*, éste como tal nunca existió. Cada ciudad era independiente

¹⁵ Armani, o.c., p. 115-138.

de las otras, aunque se organizaban de una manera similar. Los lazos de unión ciertamente estaban dados por la presencia de los jesuitas, padres y hermanos, que estaban encargados de la misión.

Después del año 1640, en el que se obtuvo el permiso para que los indígenas usaran armas de fuego, dados los constantes ataques de los paulistas que venían a esclavizar indios, se organizaron ejércitos muy poderosos que sirvieron muchas veces a los intereses de la corona española. Custodiaban los caminos y mantenían alejados a los españoles y mestizos que intentaban infiltrarse en las reducciones para robar y hacer daño. Algunos jesuitas habían sido militares en Europa antes de ingresar a la Compañía, así que enseñaron a los indios a trabajar con la pólvora, a hacer cañones y a defender sus derechos.

1.2.4. Cultura

Pero no sólo hubo progresos en lo económico y en lo político; lo cultural, desde el comienzo, fue un arma muy importante para la organización de las reducciones.

Los indígenas llegaron a interpretar grandes óperas compuestas para los indios por algunos jesuitas. Ellos mismos elaboraban los instrumentos de sus grandes orquestas. Después de las ceremonias religiosas, que eran una verdadera exposición de sus dotes artísticas, los indígenas representaban obras de teatro de gran altura.

Son muchos los libros escritos en guaraní y editados en las mismas reducciones; se puede decir que fue esta la primera sociedad alfabetizada de occidente. Se escribieron gramáticas del idioma guaraní, historias, catecismos, etc.

Los misioneros formaban maestros para que educaran a los niños en su propio idioma. Desarrollaron grandes capacidades en la pintura, escultura, talla de madera, tejidos.

El alcohol, que era casi un veneno para los indios, fue reemplazado por los misioneros por la yerba mate o yerba de los jesuitas, con la que se puede hacer una bebida muy agradable y estimulante, similar en sus efectos al café.

Se trató, pues, de un intento por construir una sociedad nueva, partiendo de la cultura y las posibilidades mismas de los indígenas; no podemos decir que no hubo errores o que todo tuvo un sabor paradisíaco; evidentemente, juzgado desde la postmodernidad y desde nuestro orgulloso siglo XX, tendríamos muchísimas objeciones a esta labor; sin embargo, tenemos que reconocer que se trató de una labor inmensamente *liberadora* para estos pueblos y que se llegó a plantear una alternativa de organización social que todavía hoy no vislumbramos claramente.

1.3. Dificultades y desaparición

Casi desde los comienzos de esta aventura misionera, las reducciones tuvieron que enfrentar a un enemigo muy poderoso y terriblemente destructivo: los cazadores de esclavos venidos del Brasil, llamados también *paulistas*, por provenir de Sao Pablo, *mamelucos* o *bandeirantes*. Tenemos muchos testimonios de ello:

Averiguaciones hechas a vista de ojos por D. Pedro Esteban Dávila en Río Janeiro, de cómo los indios de las reducciones de los PP. de la Compañía del Río de la Plata, Uruguay y Tape eran vendidos como esclavos por los vecinos de San Pablo, y que desde 1628 hasta 1630, habían traído más de 60.000 almas de los distintos distritos de Buenos Aires y del Paraguay¹⁶.

Además de esto, se puede citar otra versión:

Según noticias contenidas en una comunicación al rey de España del 16 de septiembre de 1639 -cursada por el gobernador de Buenos Aires, Mendo de la Cueva y Benavide- durante el período que va de 1612 a 1639, los *mamelucos* habían capturado en territorios españoles más de trescientos mil indios¹⁷.

En los comienzos, la forma de defensa de los indios era simplemente la huida. Así es como el Padre Ruiz de Montoya, como veremos más ampliamente en el capítulo siguiente, organiza varios traslados de ciudades enteras entre 1632 y 1636¹⁸, después de que han sido arrasadas más de una docena de reducciones¹⁹.

Pero la voracidad de los esclavistas no se detiene con la distancia; además de esto comienzan a aparecer con más fuerza los cuestionamientos que repetidamente hacen los mismos españoles y mestizos de estas provincias, que ven perjudicadas sus actividades por la organización de los indígenas. A esto se añadió el velo de misterio que cubría las reducciones y que creaba sospechas sobre la licitud de la labor desarrollada por los jesuitas en medio de los guaraníes.

¹⁶ Pablo Pastells, S.J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Victoriano Suárez, Tomo I, Madrid, 1912, p. 383. Cfr. *Conquista Espiritual*, pp. 296-299.

¹⁷ Armani, *o.c.*, pp. 78-80.

¹⁸ McNaspy, *o.c.*, p. 21.

¹⁹ Lugon, *o.c.*, p. 50.

A pesar de las dificultades, las reducciones seguían expandiéndose y haciéndose cada vez más poderosas tanto en lo económico como en lo político y en lo militar. Se puede decir que su éxito fue la principal causa de su fracaso. El temor de muchos ante la posibilidad de una rebelión indígena o la creación de un estado que desconociera la Corona española fue creciendo. Junto a todo esto, en Europa se gestaba un ataque frontal contra la Compañía de Jesús, que terminó desencadenando la expulsión de los jesuitas de todos los territorios portugueses, españoles, italianos, hasta la supresión de la Orden en 1773.

En 1767 Carlos III firma el decreto de expulsión de la Compañía del territorio español; en 1768, los jesuitas de las colonias españolas son apresados el mismo día, a la misma hora y son conducidos al destierro. Este fue el golpe definitivo al proyecto de las reducciones del Paraguay.

Al ser expulsados los jesuitas, los obispos paraguayos quisieron continuar el proyecto, pero los indígenas comenzaron a dispersarse; los nuevos misioneros no conocían ni respetaban las costumbres de las comunidades; no sabían la lengua y no les interesaba aprenderla. Ya en 1800 quedan unas pocas reducciones con pocos indígenas.

En 1884 un decreto del presidente del Paraguay expropia todo lo de las reducciones y se da con ello final sepultura a este proyecto humano de construir un mundo habitable para los indígenas de la región.

2. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

2.1. Conversión y primeros pasos

Antonio Ruiz de Montoya nació en Lima, Perú, el 13 de junio de 1585. “Habiendo perdido a su madre cuando tenía cinco años, y su padre tres años más tarde (de su madre, efectivamente, no sabemos nada, ni su apellido siquiera; por eso algunos historiadores sugieren la posibilidad de que ella fuera india), Ruiz fue anotado entre los alumnos del colegio jesuítico de san Martín, muy conocido en la historia de las ciencias”²⁰.

A los 16 años abandona sus estudios y se da a vivir una vida totalmente desordenada; poco después decide ir a la guerra de Chile. Así se le describe en el prólogo de su obra *La Conquista Espiritual del Paraguay*, en su edición de 1892:

²⁰ McNaspy, o.c., p. 19.

Pero hirviéndole en el corazón las pasiones, no pudo sufrir tanta sujeción y a los diez y seis años salió del colegio, ciñóse espada, juntóse con malas compañías, dióse a juegos, rondas y entretenimientos de mozos, y para ahogar el remordimiento de conciencia que nunca lo abandonaba, quiso hacerse soldado, y sentó plaza para la conquista de Chile²¹.

Este plan se ve truncado y decide ir a España. En su viaje, estando en Panamá, se encontró con un padre de la Compañía cuya conversación le transformó por completo. “Hizo con él confesión general, y por su consejo volvió a Lima para continuar sus interrumpidos estudios”²².

Estando de nuevo en el colegio, hizo los ejercicios espirituales y entró en la Compañía el 21 de noviembre de 1606. Vale la pena mencionar que, durante los ejercicios, tuvo un sueño en el que vio a unos hombres maltratando y haciendo cautivos a los indígenas y al lado de esto vio padres de la Compañía tratando de liberar y ayudar a estas pobres gentes²³.

Siete meses después salió con el padre Diego de Torres, primer provincial de la recién fundada provincia jesuítica del Paraguay, hacia las misiones entre los indígenas de la región. Hizo sus votos del bienio en 1608 en Córdoba de Tucumán. Realizó sus estudios de filosofía y teología allí mismo en Córdoba, siendo ordenado en 1612, por el mismo obispo que ordenó, 14 años antes, a Roque González de Santacruz²⁴.

La situación de pobreza en las reducciones lo impactó. Cuenta él mismo algunas de las situaciones por las que atravesó:

Sentéme arrimando la cabeza al árbol, donde pasé la noche sin comer bocado, ni mis compañeros [5 indios], porque no lo había: el agua que corría por tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo de cobija; deseaba el día por ser tan larga la noche²⁵.

²¹ *Conquista Espiritual*, p. 6-7.

²² *Ibid.*, p. 7.

²³ *Ibid.*, pp. 25-26.

²⁴ McNaspy, *o.c.*, p. 20.

²⁵ *Conquista Espiritual*, pp. 63-64.

2.2. La misión

Son muchas las anécdotas y datos de la actividad misionera del padre Ruiz de Montoya recogidas en su libro citado más arriba. Vamos a tratar de destacar algunos elementos más importantes para mostrar el celo y la virtud que acompañó a este gran misionero peruano.

El trabajo evangelizador tenía a la base la motivación última de salvar estas almas de la condenación eterna, pero esto no distrajo en ningún momento el empeño entusiasta por liberarlos de la esclavitud actual y del sufrimiento corporal al que eran sometidos por los españoles y portugueses.

Junto al catecismo y a la moral cristiana que iba transmitiendo con sumo respeto, iban las lecciones de siembra, construcción, educación y expresión cultural;

La fuerza del Evangelio pretendo explicar, cuya eficacia se ve en amansar leones, domesticar tigres, y de montaraces bestias hacer hombres y a un (sic) ángeles²⁶.

La salvación, pues, pasa por la humanidad; no se trata de enviar almas al cielo, sino de hacer hombres plenos a la medida de Jesús, que alcancen una vida digna de su condición de hijos de Dios.

Este esfuerzo evangelizador es particularmente admirable en el caso de Antonio Ruiz de Montoya, pues no fue sólo de un momento, sino que fue tarea de toda una vida:

Se consagró sin descanso en recorrer selvas y montes, llanuras y esteros, bajo los más ardientes rayos solares, afanoso por reunir indígenas en pueblos y reducciones. Recorrió a pie más de 10.000 kilómetros, casi siempre solo, sin otra arma que un báculo y sin otro consuelo que su libro de plegarias y su cruz²⁷.

Fue superior de varias reducciones y superior general de la Misión. Impulsó el trabajo con un conocimiento profundo de la cultura, del idioma, de la psicología de estas comunidades. Desde el comienzo trabajaron en grupo dejándose ayudar en todo por los mismos indios más destacados. Buscaba la conversión del cacique, del brujo, del médico de la tribu y a partir de allí iban transmitiendo el mensaje a toda la población.

²⁶ *Ibid.*, p. 196.

²⁷ McNaspy, *o.c.*, p. 21.

Como ya se ha anotado, la labor evangelizadora tuvo su mayor enemigo en los españoles y portugueses esclavistas e incluso en sacerdotes y eclesiásticos de poder, que sembraban discordia entre los misioneros y los indios²⁸. En este sentido Lugon señala la labor de “un eclesiástico de no poca influencia y poder, vicario general y sustituto del comisario del Santo Oficio, que se distinguió, en los últimos esfuerzos del mundo colonial, por impedir la creación de comunidades indígenas libres. Habiendo obligado al padre Montoya a salir hacia Asunción, aprovechó en su ausencia para indisponer a los guaraníes contra los misioneros²⁹”.

Al padre Ruiz de Montoya le tocó enfrentarse de una manera directa a los paulistas que destrozaban a machetazos a los indios que no se sometían³⁰. Destruían todo lo que encontraban a su paso; dice el padre Ruiz: “Apuntóme uno de ellos con su escopeta al pecho, abrí la ropa para que sin ninguna resistencia entrase la pelota”³¹.

Un dato impresionante es el hecho de que uno de estos grupos de asesinos venía acompañado por dos capellanes, un clérigo (excomulgado por el obispo) y un religioso. En esa ocasión no se supo cuántos indios se llevaron, pero anota el mismo Antonio Ruiz de Montoya que por diezmo le dieron 500 indios al religioso y 200 al clérigo³².

Estos constantes ataques de los paulistas hicieron necesaria la defensa, primero a través de grandes movilizaciones, buscando huir del peligro, y después a través de las armas de fuego.

Antonio Ruiz de Montoya, al ver la devastación que producían los esclavistas, decidió emigrar con dos poblaciones completas, Loreto y San Ignacio Miní, hacia las partes bajas del Río Paraná (ver cuadro No. 4, pág. 262)³³.

Ante la propuesta del éxodo, el padre se lleva una grata sorpresa; la respuesta de los indígenas fue: “Ustedes nos han dado, mis padres, el beneficio inestimable de la fe, nosotros los necesitamos para conservarla, así que a todas partes donde ustedes vayan, iremos nosotros también³⁴”.

²⁸ *Conquista Espiritual*, pp. 73ss.

²⁹ Lugon, *o.c.*, p. 33.

³⁰ *Conquista Espiritual*, p. 145.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, p. 282-286.

³³ Brauman, *o.c.*, p. 81.

³⁴ Lugon, *o.c.*, p. 51.

De este modo, en 700 balsas y muchas canoas sueltas en las que se movilizaron algo más de 12.000 indígenas, huyeron de la destrucción. Dos días después de navegar, tuvieron que abandonar el río por causa de los rápidos y las cataratas³⁵. Caminaron durante ocho días más de 100 kilómetros con las balsas cargadas. Las cataratas del Iguazú, en la confluencia del río Paraná y el río Iguazú, fueron el gran obstáculo que debieron atravesar.

Sobran comentarios sobre esta hazaña; las dificultades y muertes que sufrieron, no fueron pocas: hambre, peste, desacuerdos en la forma de realizar la travesía. En un momento, cuenta el padre Ruiz de Montoya, una mujer se cayó con sus gemelos de teta al río y parecía que se la había tragado una gran culebra acuática: el padre Ruiz de Montoya dijo:

Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de haberseme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán (por ventura) que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces³⁶.

Pero cuenta, más adelante, que la señora y sus críos se salvaron y salieron riéndose del agua:

Fui corriendo al lugar donde la vista juzgaba que estaría, cuando asomó lo sumo de la cabeza, arrojáronse luego a cogerla, y agarrándola bien de los cabellos la sacaron a rastro por el agua. El tiempo solo que la traían a rastro fue bastante para haberse ahogado. Salió a tierra con alegría común, y no con menos espanto acudimos mi compañero y yo a los dos niños, los cuales como si hubieran estado en algún regocijo y no en tal trabajo, se empezaron a reír a carcajadas³⁷.

Por fin recibieron ayuda de indígenas de otras reducciones de la región. Se instalaron en dos lugares cercanos a estas poblaciones ya existentes. Después de la dura marcha vino la reconstrucción gracias a la solidaridad de indígenas y jesuitas:

Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias, enviándolos a la ciudad de la Asunción por semillas para

³⁵ *Conquista Espiritual*, pp. 158-160.

³⁶ *Ibid.*, p. 161.

³⁷ *Ibid.*, pp. 161-162.

que sembrasen, de que el colegio que allí tenemos y su Rector, que era el P. Diego Alfaro, con liberalidad nos proveyó³⁸.

Poco a poco fueron saliendo adelante. Sin embargo la tragedia fue grande. De los 12.000 indígenas que partieron, llegaron sólo cuatro mil a los nuevos asentamientos; los demás murieron por el camino o se desbandaron y dispersaron³⁹.

Desde luego este éxodo no le gustó a los españoles; no tenían permiso y dejaban las únicas reducciones en las que había encomienda privada; además se descuidaba la zona limítrofe con el Brasil. Además de esto, las incursiones de los paulistas no cesaron. Poco después volvieron a atacar a las comunidades reinstaladas.

2.3. Gestiones ante la Corona

En medio de estas grandes dificultades, el padre Antonio Ruiz de Montoya es enviado a España como Procurador de la Provincia jesuítica del Paraguay, para que gestione ante la Corona un apoyo decidido a la labor que se realiza en medio de los pueblos guaraníes.

Inmediatamente después del éxodo, tuvo Ruiz que viajar a Madrid para abogar en favor de los indios de las Reducciones contra los asaltos de los *bandeirantes*. Leemos en la libreta de bolsillo de Ruiz que “salí de Loreto el 23 de Marzo, 1637; de Buenos Aires el 15 de octubre de 1637; entré en Río el 6 de noviembre de 1638; entré en la Corte el 22 de setiembre (del año siguiente); salí el 7 de agosto de 1640⁴⁰.

Las gestiones ante la Corona fueron lentas. En 1640 logró que el Rey Felipe IV diera orden al Virrey del Perú para que concediera licencia y entregara armas de fuego a los guaraníes; así lo dispone la Cédula Real del 21 de mayo de 1640⁴¹.

Se pueden destacar en esta gestión diplomática los siguientes logros:

³⁸ *Ibid.*, p. 163.

³⁹ Armani, *o.c.*, p. 81.

⁴⁰ McNaspy, *o.c.*, p. 26.

⁴¹ Pablo Hernández, S.J., *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, Gustavo Gili, Tomo I, Barcelona, 1913, p. 173. (Tanto esta cédula como otros documentos importantes de la gestión del Padre Ruiz de Montoya ante la corte española, pueden consultarse en el libro citado, tomo I, pp. 524 y 542 y en el tomo II del libro de Pablo Pastells, citado más arriba).

-
- Permiso para que los guaraníes hagan uso de armas de fuego para su defensa y la defensa de los límites de la Corona española con el Brasil (1640).
 - Orden del Rey según la cual los indios de las reducciones no presten servicio personal en cualquier manera que estuviese o se hallase establecido (1642).
 - Permiso para que los indígenas de las reducciones no tributen durante 20 años (1643; 1644; 1647).
 - Permiso para que los indígenas de las reducciones puedan negociar y comerciar con hierba mate (1645).
 - Orden de que a los guaraníes de las reducciones se les sustituya la carga de la mita por el pago de un canon anual de un peso de oro por cada guaraní de entre 18 y 50 años.

Evidentemente estos logros alcanzados ante la Corona en la misma España tuvieron que ser negociados en las instancias de gobierno local en el Virreinato del Perú y ante las autoridades de Asunción. No fue una labor fácil. Una orden del Rey se demoraba en llegar y luego venían las apelaciones por parte de los criollos y españoles que vivían de cerca el conflicto. Otro elemento perturbador fue el rompimiento que se dio por esos años entre Portugal y los Reyes españoles; esto dificultó el bloqueo de los ataques paulistas.

Tuvo Ruiz que esperar, lo que fue muy difícil. Escribió durante este tiempo a su amigo el P. Díaz Taño, que iba al Paraguay: “Recibí tu carta con muy grande gusto y no con poca envidia de verte partir para mi patria, el Paraguay, y quedarme yo en este destierro. ¡No es para mi este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo, y traer ocupada la mente en negocios, cuidados y trazas, que pocas veces se logran!⁴²”

De todas maneras el permiso para usar armas de fuego permitió controlar mucho más los ataques de los *mamelucos*. Se habla de triunfos de los guaraníes frente a estos ataques ya en 1641⁴³. Los indios se defendieron en igualdad de condiciones.

El padre Ruiz de Montoya no regresó al Paraguay sino que fue destinado a la ciudad de Lima, su tierra natal, a donde llegó en 1644. Desde allí continuó las gestiones

⁴² McNaspy, *o.c.*, p. 22.

⁴³ Armani *o.c.*, p. 84-86.

ante el Virrey del Perú; especialmente se encargó de reclamar las armas de fuego para los guaraníes en 1644 y 1646.

2.4. Producción intelectual

Es admirable que junto a esta gran labor misionera y diplomática, este apóstol jesuita produjera tan valiosos aportes a nivel intelectual. Su dominio de la lengua guaraní fue admirable. Su conocimiento cultural de estas comunidades indígenas no se quedó en su haber sino que procuró consignarlo por escrito para el enriquecimiento de toda la misión. Sus reflexiones pastorales las recogió en sus libros.

La coyuntura que facilitó esta labor intelectual fue su viaje a España y los años que pasó diligenciando ante la Corte las cédulas reales que respaldaban el trabajo de los jesuitas y la libertad de los indígenas guaraníes. Entre 1639 y 1640 publicó los primeros libros en Madrid, considerados clásicos para el conocimiento de la cultura guaraní: *Tesoro de la Lengua Guaraní* y *Arte y Vocabulario de la Lengua Guaraní*. Además de estas dos publicaciones en la perspectiva del lenguaje, publicó *Conquista Espiritual hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*. Vale la pena anotar que en 1724 el *Arte de la lengua Guaraní* fue publicado en las imprentas de las mismas reducciones (ver cuadro No. 5, pág. 263).

Se publicó también en Madrid el *Catecismo de la lengua Guaraní* (1640), obra que facilitaría la acción pastoral y catequética de los nuevos misioneros enviados a esta región.

Además de estas obras, están los memoriales presentados ante el Rey, ante el Consejo de Indias y al Virrey del Perú, con informes exhaustivos de la labor desarrollada en las misiones del Paraguay y de las dificultades que enfrentaron.

Son también muy valiosas sus cartas annuas enviadas al gobierno general de la Compañía con sus relaciones como superior de distintas comunidades y como superior general de las misiones del Paraguay.

A este trabajo cabe añadir su significativa contribución en la redacción del *Reglamento Especial para regir la organización de las reducciones*, entre 1622 y 1628, el cual fue ratificado por el superior General, P. Vitelleschi, en 1637⁴⁴.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 173.

Toda esta producción refleja su interés por aportar elementos valiosos para el crecimiento del proyecto guaraní y por denunciar ante el mundo las graves dificultades por las que atravesaban estas comunidades indígenas del sur del continente americano.

3. CONCLUSION

El recorrido por la vida de este misionero del siglo XVII visto en el contexto más amplio del trabajo de los jesuitas en la Provincia del Paraguay, no sólo nos llena de sano orgullo, sino que, sobre todo, nos lanza preguntas para nuestra labor evangelizadora hoy.

En el contexto de la Nueva Evangelización, cuya fuente es, sin duda, el Concilio Vaticano II, tenemos que aprender muchas cosas de la labor realizada por este misionero. Queremos destacar algunos elementos que consideramos centrales para iluminar nuestra misión actual.

En primer lugar encontramos en estos misioneros, y particularmente en Antonio Ruiz de Montoya, un entusiasmo apasionado por llevar a estos pueblos una Buena Nueva de salvación; salvación que incluye las dimensiones del Espíritu, de la moral, de la supervivencia, de la libertad. Ese entusiasmo evangelizador no se detuvo frente a las distancias culturales tan abismales; no se detuvo frente a los ataques de la sociedad esclavista que lo rodeaba; no se detuvo ante las cortes y los despachos del Estado y de la Iglesia que callaban frente a la devastación.

Un entusiasmo que los llevó a aprender idiomas desconocidos, a comunicarse por medio de la música o el canto. Un entusiasmo que fue capaz de sacrificio, de cruz. El mismo entusiasmo que animó a Jesús a ir al Gólgota para regalarnos una vida digna de hermanos.

Tenemos, pues, un excelente ejemplo de lo que el Papa ha llamado *nuevo ardor*. Un entusiasmo apasionado por llevar el mensaje del Evangelio con todas sus revolucionarias consecuencias para nuestra vida personal y colectiva.

En segundo lugar, hay que destacar que no fue sólo entusiasmo sino que éste, a su vez, se encarnó en métodos que, sin deformar el Evangelio, tampoco deformaron la cultura de estos pueblos; ciertamente la transformaron. Alguien podría decir que cualquier transformación se debe criticar porque no respeta las formas de organización autóctonas. Posición bien ingenua y cínica; un pueblo que vive su existencia marcada por la enfermedad, la falta de alimentos, la ignorancia, la inestabilidad social o política, está oprimido, alienado; la fe cristiana nos presenta una imagen de hombre pleno que se realiza en todas las dimensiones de su vida.

Estas misiones se sirvieron de métodos que respetaron profundamente la cultura del pueblo; no desaprovecharon ninguna dimensión importante para anunciar el mensaje de liberación y salvación; el idioma, sus jerarquías, sus valores fueron potencializados y dinamizados para la creación de un modelo social que hiciera posible la fraternidad que el Padre vino a enseñarnos en su Hijo Jesús.

Se puede decir que el método de evangelización estaba inspirado en el método de las primeras comunidades cristianas o el método utilizado por el grupo de Moisés al llegar a Canaán después de la salida de Egipto. Tanto el grupo de Moisés que traía consigo al Dios Yahvé -que caminaba con ellos-, como las primeras comunidades cristianas, fueron entrando en culturas distintas -cananeas para los primeros y griegas o romanas para los segundos- no a través de la imposición por la fuerza, sino haciéndose parte de la cultura y transformándola desde dentro; el Evangelio no es eficaz si se impone; el Evangelio es eficaz en la debilidad, en la pobreza, en la humildad. Una verdadera evangelización entra por debajo, desde los más pobres, desde los cinturones de miseria, desde el pesebre de Belén o el arado de Nazaret.

Los métodos evangelizadores que logran impregnar las culturas no se imponen con decretos o a través de métodos coercitivos. El Evangelio es una propuesta de libertad y vida plena que no impone cadenas o *fardos pesados*, sino que invita a llevar un *yugo suave* y una *carga ligera*.

En la labor del Padre Antonio Ruiz de Montoya y de muchísimos misioneros que entregaron su vida en las selvas o en los Andes americanos, había una propuesta de libertad. No podemos negar que en muchos sitios también la propuesta fue de esclavitud; se quiso imponer con la fuerza de la espada la debilidad de la cruz. Método absurdo que aún hoy encuentra partidarios.

Tenemos, entonces, en Antonio Ruiz de Montoya y en estas misiones entre los guaraníes, un ejemplo concreto de la creatividad necesaria en los métodos evangelizadores. No se trata de reproducir una cultura centroeuropea a lo largo de todo el planeta, ni de llevar un sistema legal a los que viven libres de la *ley* y acaso más cerca del *Espíritu*, sino de ayudar a que brote ese Espíritu que habita en el interior de todos los hombres y mujeres y de todas las culturas. Tal vez a esta *novedad* se refiera el Papa cuando nos invita a realizar una Nueva Evangelización a través de *nuevos métodos*.

Por último, descubrimos en estos retazos de historia que hemos tratado de recoger en este artículo, una *nueva expresión* de la evangelización. Nos hemos acostumbrado a separar la vida de la fe; y tal vez éste sea uno de los problemas más típicos de nuestra Iglesia hoy. La acción evangelizadora no puede expresarse solamente a través de los sacramentos y las labores estrictamente religiosas; las expresiones de

la evangelización incluyen también todas las dimensiones de la persona humana y de la cultura.

El padre Ruiz de Montoya evangelizó con su palabra, con su caminar en medio de la lluvia, con su trabajo en la construcción de balsas, con sus bautismos y confesiones; la evangelización no tiene límites: o se evangeliza con toda la vida, o se escandaliza a la comunidad; tal era el temor de los misioneros frente a la presencia de españoles y criollos en medio de las comunidades indígenas.

A Jesús tampoco le bastó su Palabra en la sinagoga de Nazaret, ni dejó su eucaristía en el cenáculo; Jesús caminó junto a su pueblo, compartió la vida y el trabajo con sus hermanos; fue un Evangelio abierto para todos hasta la entrega definitiva en el altar de la cruz, donde su cuerpo y su sangre se consagraron definitivamente para hacerse sacramento universal de salvación. Y precisamente a esto estamos llamados por Dios hoy como Iglesia.

BIBLIOGRAFIA

ARMANI, Alberto, *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol*, El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768), Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

BRAUMANN, Franz, *3.000 Guarantes y un Tirolés*, Misioneros que hicieron historia, Misiones de San Ignacio, Argentina, (sin fecha).

FURLONG, Guillermo, S.J., *Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense*, Universidad Del Salvador, Buenos Aires, 1984.

HERNANDEZ, Pablo, S.J., *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, Gustavo Gili, 2 Tomos, Barcelona, 1913.

LUGON, Clovis, *La Republique Communiste Chrétienne Des Guaranis*, 1610-1768, Les éditions ouvriers: économie et humanisme, Paris, 1949.

McNASPY, Clemente, S.J., *Pueblos Guaraníes en las Selvas Rio-platenses*, Una visita a las ruinas jesuíticas, Loyola, Asunción, 1981.

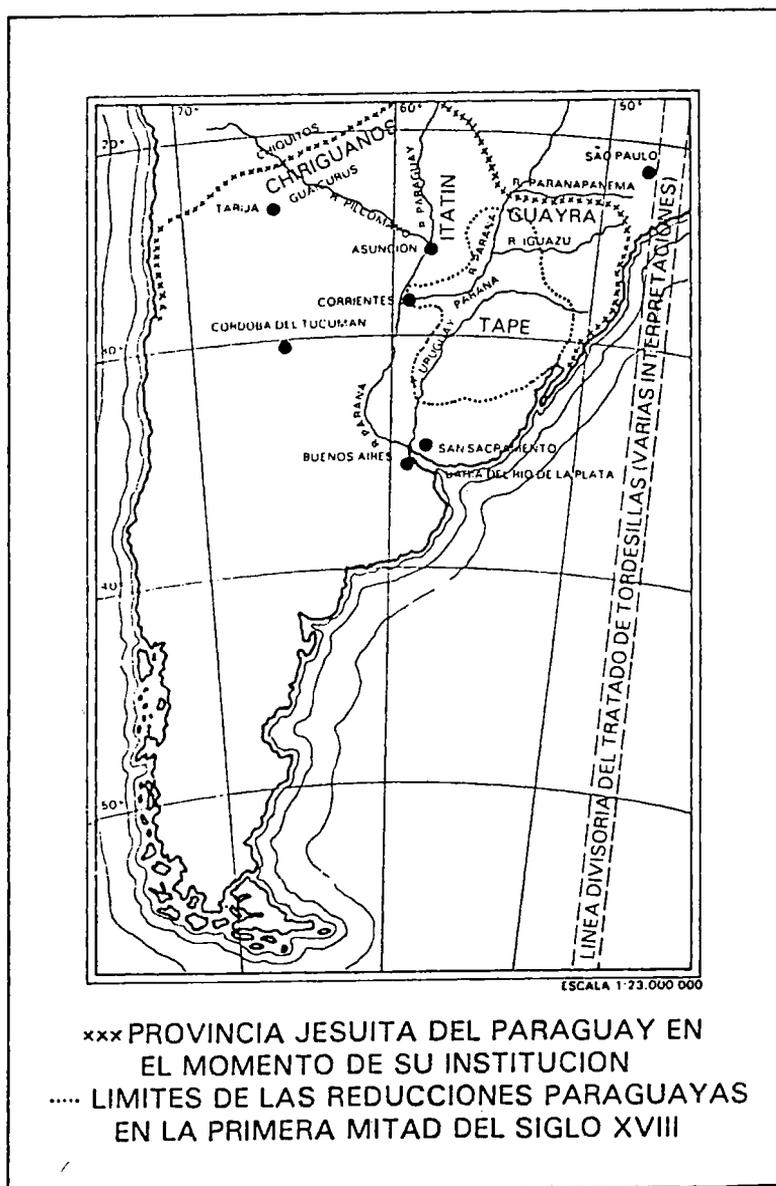
MELIA, Bartolomé, S.J., *Guarantes y Jesuitas*, Ruinas de una civilización distinta, Loyola, Asunción, 1976.

-
- PASTELLS, Pablo, S.J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Victoriano Suárez, 6 Tomos, Madrid, 1912 (el primer tomo).
- POPESCU, Oreste, *El Sistema Económico en las Misiones Jesuíticas*, Un vasto experimento de desarrollo indoamericano, Ariel, Barcelona, 1967.
- RUIZ DE MONTOYA, Antonio, S.J., *Conquista Espiritual Hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, Corazón de Jesús, Bilbao, 1892.
- RUIZ DE MONTOYA, Antonio, S.J., *La Conquista Espiritual del Paraguay*, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, Rosario, 1989.



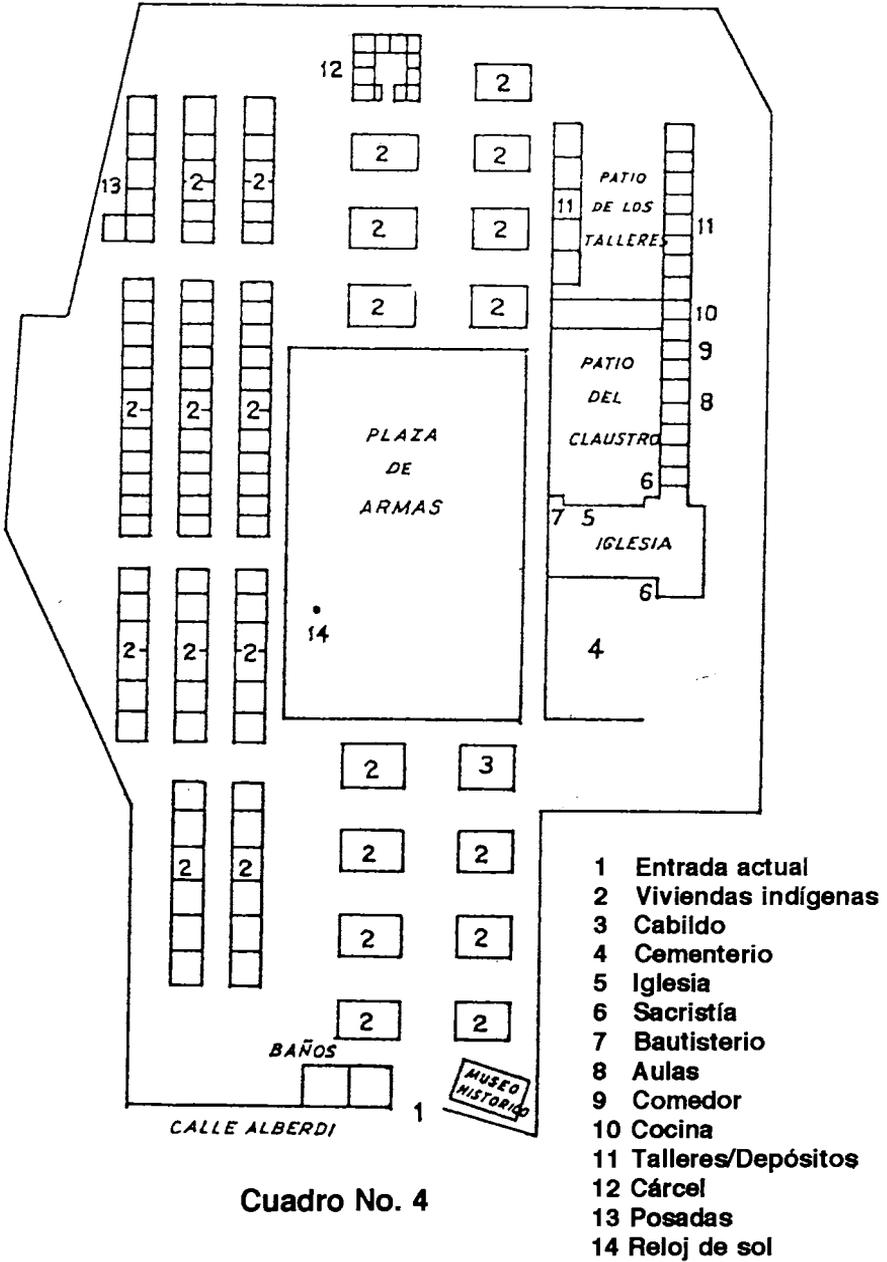
Cuadro No. 1

Localización de los cinco Polos de Desarrollo de las Misiones Jesuíticas en América del Sur: Casanare, Maynas, Mojos, Chiquitos y Guaraní.



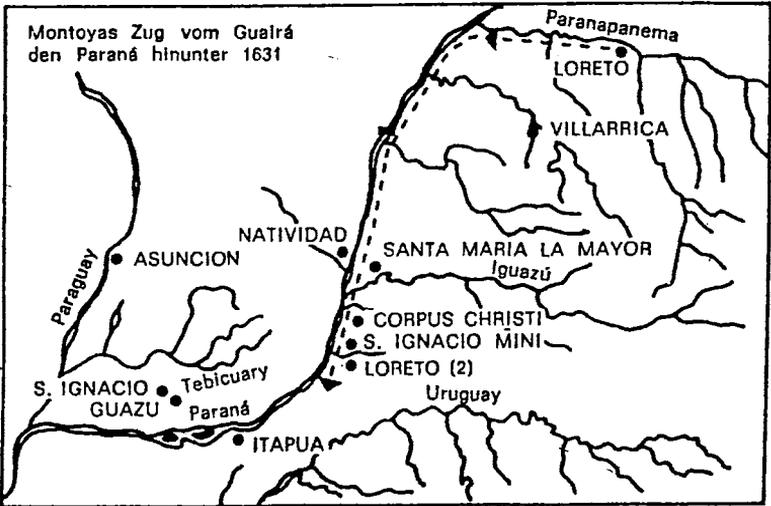
Cuadro No. 2

PLANO DE LA REDUCCION SAN IGNACIO MINI



Cuadro No. 4

**EL CAMINO DEL "EXODO" DEL P. MONTOYA CON
11.000 GUARANIES**



Cuadro No. 4



ARTE
DE LA LENGUA GUARANI

POR EL P. ANTONIO RUIZ
DE
Montoya

DE LA COMPAÑIA
DE
JESUS

Con los Escolios Anotaciones
y Apendices

DEL P. PAULO RESTIVO
de la misma Compañia
Sacados de los papeles

DEL P. SIMON BANDINI
y de otros.

En el Pueblo de S. MARIA La Mayor.

El AÑO de el Señor MDCCXXIV

Cuadro No. 5

Portada de uno de los libros de lingüística escrito por los miembros de la
Compañía de Jesús e impreso en las mismas Misiones.